

DISERTACION DEL P. JOSE ANTONIO DE LABURU, S. J.

FINALIDAD DE LOS COLEGIOS DE LA COMPAÑIA DE JESUS

*Excelentísimo Señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública,
representante del Poder Ejecutivo de la Nación.*

*Eminentísimo y Reverendísimo Señor Cardenal, Arzobispo de
Buenos Aires y Primado de la Argentina.*

Excelentísimo Señor Ministro de Justicia de la R. de Chile.

Excelentísimo Señor Intendente Municipal.

Excelentísimo Señor Encargado de Negocios de España.

Señores Oficiales Superiores del Ejército y de la Armada.

Reverendo Padre Provincial de la C. de Jesús en la Argentina.

Reverendo Padre Rector del Colegio del Salvador.

Señor Presidente de la Academia Literaria del Plata.

Señoras y Señores:

Con características, hasta entonces nuevas, se presentó al mundo la obra de *Ignacio de Loyola*.

La Compañía de Jesús, nació, como fruto de las inspiraciones que el Espíritu Santo, infundió en la mente y en el corazón de *Ignacio*, con una modalidad peculiar, que constituye su específica finalidad; y es ella la de juntar en uno solo, dos fines distintos.

"El fin desta Compañía es, —escribe *S. Ignacio*—, no solamente atender a la salvación y perfección de las ánimas propias con la gracia divina, mas con la misma intensamente procurar de ayudar a la salvación y perfección de las de los prójimos" (1).

(1) Examen, C. I., párrafo 2.

A conseguir la realización de este fin, que contiene dos partes esenciales, se ordena toda la vida de la Compañía (2).

Y como ese fin, que ni era sólo vida contemplativa, ni era sólo vida activa, requería medios especiales para ser realizado, S. Ignacio, dió a la Compañía, medios peculiares y específicos para conseguirlo.

La vida religiosa de la Compañía, no cabía en el marco de costumbres y prácticas de las otras órdenes religiosas; y por eso Ignacio, excluyó en ella, cuanto no convenía para sus fines, aunque ello fuera lo usado en todas las otras religiones; e implantó, por otra parte, peculiares prácticas de vida, que hicieron aparecer a la Compañía, como una orden religiosa nueva; no sólo en el sentido de *recientemente fundada*, sino en el sentido de una orden religiosa, con características originales y hasta entonces desconocidas.

Todas esas características específicas y originales, con que la Compañía se presentaba al mundo y por las que difería de las demás órdenes religiosas, llegaban a un total de cincuenta y ocho, según la enumeración que de ellas hace el P. Lancicio (3).

Y todas ellas, eran fruto de aquella visión certera, profunda y universal, que tuvo Ignacio de Loyola, de las necesidades espirituales, que eran necesario remediar en el mundo.

De este fin peculiarísimo de la Compañía, se derivan, como de raíz, todas sus específicas características.

San Ignacio, acomodó todo su Instituto, al fin que Dios le puso en su Iglesia.

Todas las normas de vida de la nueva orden religiosa, se encaminaban a hacer sus hijos, lo más aptos posibles para realizar su finalidad.

Y como vió Ignacio, que para cumplir con ese fin, eran obstáculos e impedimentos, el hábito peculiar y particular, y la obligación del rezo del oficio divino en el coro; suprimió en la Compañía, el hábito monacal y la obligación coral.

(2) Suárez: De Instituto S.J., l. I, c. II.

(3) De praestantia Instituti S.J., l. I, c. VII.

Y como vió también *Ignacio*, que el hijo de la Compañía, precisamente por su peculiar finalidad de vida, requería una especial virtud y un gran caudal de doctrina, instituyó especialísimas prácticas de vida intensa religiosa, y de metódica, prolongada e intensa formación intelectual.

Para ello, *S. Ignacio*, prolongó extraordinariamente el tiempo de prueba y de formación de sus hijos.

Las antiguas órdenes religiosas, tenían un año de noviciado y luego de él, hacían los novicios, su profesión solemne religiosa.

Ignacio puso en la Compañía, dos años de noviciado; y luego de los votos simples hechos al terminarlo, puso el Santo un largo intermedio de varios años, en el que, aunque verdaderos y propios religiosos, todavía el jesuíta, no estaba admitido a la última incorporación a la Compañía.

A esa definitiva incorporación, dispuso *S. Ignacio*, que después de terminada toda la carrera de los largos estudios, precediese un año destinado de nuevo, a la probación última de los jesuitas.

Todo ello lo ordenaba *Ignacio*, para estar bien cierto y seguro, de la sólida formación que exigía en sus hijos, su peculiar vocación religiosa.

Estas modalidades y otras más, del nuevo Instituto, introducían en la vida religiosa, algo insólito y que rompía la tradición monacal y religiosa de varios siglos.

Algo nuevo y que ciertamente rompía la tradición secular; pero algo nuevo, puesto por Dios en el mundo, por medio del genio de *Ignacio de Loyola*, y que venía todo ello autenticado con el sello inconcuso de las más expresas y reiteradas aprobaciones de los Vicarios de *Jesucristo* en la tierra.

Nosotros, nos vamos a ocupar en esta conferencia, solamente de una de esas peculiares modalidades del Instituto religioso, fundado por *Ignacio de Loyola*: vamos a tratar, de la vida docente, que emprendió la Compañía, para formar a la juventud en sus aulas y colegios.

Vió *Ignacio de Loyola*, con visión profunda psicológica y social, lo que representaba la juventud.

Entre los múltiples y gravísimos problemas que entonces, como ahora, urgían ser resueltos en el mundo, uno y principalísimo, era el que plantea la juventud.

Pudo muy bien Ignacio saber por sí mismo, lo que la vida, dependía de la juventud. ¡La tuvo él tan desgarrada y vana!

Por otra parte, ya hombre maduro y cuando su alma estaba ya tan mudada y puesta en Dios, Ignacio había convivido en los grandes centros universitarios, como Alcalá, Salamanca y París.

Así que bien conocidos tenía Ignacio, los peligros a que está expuesta la edad juvenil.

Y sobre todo ello, aquel profundo conocedor del corazón humano, aquel Ignacio, de extraordinaria penetración psicológica, veía con claridad de evidencia, que la mayor parte de las conductas de los hombres maduros, tienen sus raíces profundas, en el terreno de la infancia y de la adolescencia.

Por eso, uno de los campos predilectos, de la actividad de los hijos de la Compañía, debía ser dedicado a la formación de la juventud.

Entonces, en el siglo XVI, esta dedicación de una orden religiosa a la enseñanza de la juventud, causó, en no pocos, una profunda extrañeza, que rompió en críticas violentas.

Hoy, que ya Dios ha suscitado en su Iglesia, tantos Institutos religiosos, no ya dedicados parcialmente, sino con misión directa y única, para el ejercicio de la enseñanza en la juventud; nos causa admiración y extrañeza, esa admiración y extrañeza, que causó la actividad docente de la Compañía, al abrir sus aulas y colegios a la juventud estudiosa.

La enseñanza de la juventud, no era en sí, la finalidad que pretendía Ignacio, pues la finalidad de la Compañía, no era una finalidad de tipo universitario.

La Compañía no estaba instituída, para hacer progresar los estudios; como un fin único y principal.

Otro y muy superior, era el fin de la Compañía: la salvación de las almas.

Pero para obtener ese fin, sí podían servir perfectamente los estudios.

Los estudios, en su contenido *intrínseco*; en cuanto que ellos proporcionan a las inteligencias, la verdad. Ya que, cuanto mayor verdad, posean las inteligencias; tanto más cerca se hallan, de la que es la Suma Verdad.

Y los estudios, en sus derivaciones *extrínsecas*; en cuanto que, con ocasión de los estudios, puede hacerse en orden moral y educativo, un gran bien a la juventud a ellos dedicada.

Con toda claridad, se ve la finalidad que perseguía la Compañía, al dedicar parte de su actividad, a la enseñanza de la juventud, por todas las Constituciones, ordenaciones y reglas que tiene, relacionadas con los estudios.

Uno de los textos más primitivos que se conservan, sobre la finalidad de la actividad docente de la Compañía, lo traducimos aquí. Dice así:

"Reglas que han de observar, todos aquellos que van a las escuelas de la Compañía.

I — Entiendan todos los que asisten para aprender las letras a los colegios de la Compañía, que vienen para ser educados en virtud y en piedad, más bien que a instruir sus entendimientos con letras; aunque también en éstas se debe poner mucho esmero. Trabajen, pues, para instruirse en el conocimiento de toda doctrina y buenas letras; pero con mucha más diligencia, para que se ilustren sus entendimientos con el verdadero resplandor de la sabiduría, que abraza el conjunto de todas las virtudes" (4).

No puede ponerse más claro, la finalidad que tenía la Compañía, en sus enseñanzas a la juventud.

Esas enseñanzas literarias y doctrinales, eran un medio, para fines más transcendentales y elevados.

Pero por otra parte, esas enseñanzas, aunque no eran más que un medio, debían de ser en sí, lo más perfectas posibles.

Y la razón es evidente. Si a la juventud se le daba enseñanzas superficiales y no macizas y sólidas, padecía el con-

(4) Monumenta Paedagogica, S.J., p. 299.

tenido intrínseco de la enseñanza; que era dar luz y conocimientos a las inteligencias.

Y además, si las enseñanzas que se dieran en los colegios de la Compañía, padecían de falta de robustez y de solidez y de interés y de atractivo, no se seguirían las derivaciones que pretendía con ellas la Compañía; que era el atraer a sus aulas a la juventud y con ocasión de instruirla, aprovechar esos preciosos años en educarla.

Por eso, en las reglas que hemos transcrito, se dice expresamente, que los jóvenes que acudan a los colegios de la Compañía, deben "*poner mucho esmero*", "*para instruir sus entendimientos con letras*" y que "*trabajen para instruirse en el conocimiento de toda doctrina y buenas letras*".

Para este fin, de adquirir doctrina, dedica S. Ignacio, toda la parte cuarta de las Constituciones de la Compañía, en la que en diez y siete capítulos, expone todos los principios básicos y universales, que se refieren a la formación científica y literaria, tanto de los jóvenes religiosos de la Compañía, como de la juventud seglar, que acude a nuestras aulas.

Queda uno absorto, ante el contenido de esa parte de las Constituciones; que no parece pueda ser superado, hoy en pleno siglo XX, aunque a su estudio se dedicase, lo más selecto de los hombres pedagogos e intelectuales.

Los principios básicos de la pedagogía de la Compañía, tienen sus raíces en lo legislado por Ignacio, y quien quisiere obtener sus maravillosos frutos, tiene necesariamente que estudiar y poner en práctica, todo lo concerniente a las materias de estudio y al método que los alumnos y los profesores deben de practicar tanto en el aprender como en el enseñar.

Los colegios que abrió la Compañía, para la juventud seglar, eran de dos clases: *colegios mayores o universidades, y colegios menores o escuelas*.

En los colegios menores, quiere S. Ignacio, que "*se enseñen letras de humanidad y que se traten los estudios y las lenguas, no pasando de la retórica a las facultades o ciencias superiores*" (5).

(5) M.H.S.J., VII, 548.

En ellos, se pueden explicar, conjuntamente con las lenguas latina, griega y hebrea y el estudio y ejercicio de la retórica, las ciencias matemáticas, con la astronomía.

Existen varias cartas de *S. Ignacio*, en las que se dan instrucciones, sobre la enseñanza de las matemáticas.

Y en los colegios mayores o universidades, manda *S. Ignacio*, que se estudien "las facultades o ciencias superiores". "Y en tales estudios léense las ciencias en modo exacto, y con mucho ejercicio de disputaciones, lo cual hace que nuestros escolares salgan doctos en lo que así aprenden" (6).

Lo que intentó *S. Ignacio* y lo puso en obra mediante sus hijos, fué elevar el prestigio de los estudios y dirigir éstos a la formación integral del hombre.

Es peculiarísimo en toda la psicología ignaciana, el detestar las mediocridades, porque, como escribía a los estudiantes jesuitas de Coimbra "vale más un acto intenso que mil remisos"; y por eso, les exhorta a que no sean tibios ni remisos, ni en la virtud ni en los estudios, y a que a la flojedad y fastidio del estudio y de las otras virtudes y santos ejercicios, reconozcan como enemigos formales de la finalidad de un estudiante jesuita.

Por su misma personal experiencia, conocía bien *Ignacio*, lo que importa poner bien, desde un principio, los fundamentos de los estudios; y eso por su orden, y no como por saltos.

Por lo mal que puso él, los fundamentos de latín en Barcelona, Alcalá y Salamanca, tuvo el arranque de empezar de nuevo en París en 1528, a los 37 años de edad, el estudio del latín, alternando con los niños en las clases.

Por eso, dice González de Cámara: "Suele Nuestro Padre, en esta cosa de estudios ser muy exacto, y querer que se lleven de fundamento siempre..." (7).

Y como a *Ignacio* le perjudicaron, para aprovechar en el estudio, las devociones y trato con almas, mientras estuvo en Barcelona, Alcalá y Salamanca; de esas enseñanzas padecidas en él, sacó las ordenaciones, que dejó a los estudiantes de la Compañía.

(6) M.H.S.J., VII, 598-9.

(7) M.H.S.J., ser. IV, I. 281.

A los estudiantes, les dice *S. Ignacio* que "tengan deliberación firme de ser muy de veras estudiantes, persuadiéndose no poder hacer cosa más grata a Dios Nuestro Señor en los colegios, que estudiar con la intención dicha" (8).

Y quiere *S. Ignacio* que aun nuestros estudiantes de la Compañía, durante la época de sus estudios, se dediquen tan enteramente a ellos, que ordena: "Quítense también los impedimentos que distraen del estudio, aun de las devociones y mortificaciones demasiadas o sin orden debida, como de cuidados y ocupaciones exteriores" (9).

Estas ordenaciones de *S. Ignacio*, referentes a la diligencia de los estudiantes en el estudio, están indicando bien a las claras, lo a pecho que tomó el Santo, el que en los colegios de la Compañía, sea para los propios jesuitas, sea para los seglares, se pusiese el mayor empeño en el aprovechamiento literario y científico, de los que asistían a nuestras aulas.

En una palabra, quería *S. Ignacio*, con frase muy suya: "que los estudiantes sean estudiantes" (10).

Para elevar el nivel de los estudios, cosa que tan a pecho se propuso *S. Ignacio*, procuró con toda diligencia, proporcionar a sus colegios, los mejores profesores que podía.

Por eso, ordena en las Constituciones (11), que los maestros "es de desear que sean doctos e diligentes, asiduos y procuren el provecho de los estudiantes, ansi en las lecciones como en los ejercicios de letras, ahora sean los tales lectores de la Compañía, ahora de fuera della".

"Y no solamente haya lecciones que públicamente se lean, pero haya maestros diversos según la capacidad y número de oyentes, y que tengan cuenta con el aprovechamiento de cada uno de sus escolares..." (12).

Ese cuidado de profesores selectos, por su capacidad y por su asidua diligencia, y esa admirable ordenación, de que

(8) *Constit. S.J.*, p. IV, c. VI, nº 2.

(9) *Constit. S.J.*, p. IV, c. VI, nº 3.

(10) *M.H.S.J.*, ep. et inst. I ep. 235, pág. 664.

(11) *Const. S.J.*, p. IV, c. VI, nº 6.

(12) *Const. S.J.*, p. IV, c. 13, nº 3.

además de los profesores principales, haya otros diversos, según la capacidad y el número de los oyentes, y ese recalcar que se tenga por el profesor, cuidado de que aproveche cada uno de sus alumnos, y que los ejercite con diligencia en sus materias; nos da una idea extraordinaria, de cómo concebía S. Ignacio las condiciones del profesor, y cómo puso todo empeño, por poner a la mayor altura posible, los estudios que se daban en los colegios y aulas de la Compañía.

Una buena prueba, del interés que S. Ignacio tenía, para que nuestros colegios tuviesen excelentes profesores, es la disposición que él tomó, para los profesores de la Universidad de Gandía.

Envío a Gandía ocho profesores, cosa que en los comienzos de la Compañía, y habiendo tantas necesidades en todo el mundo y tan pocos sujetos para atenderlas, parecería cosa excesiva.

Sin embargo, S. Ignacio, escribe así por su secretario Polanco, al Rector de la Universidad de Gandía: "Y en esta parte, por parecerle a N. P. muy importante para el fin que se pretende, piensa hacer la mejor provisión que para establecer y perpetuar esta cosa [la Universidad], juzgare convenir. Y aunque vista la necesidad que tiene la Compañía de sujetos, podía parecer a algunos, que se extiende mucho N. P., con todo ello a su Paternidad parece que o esta cosa de la universidad se había de dejar o tomarla así de veras" (13).

Se comprenderá mejor el valor de ese envío de ocho profesores con destino a la Universidad de Gandía, y el aprecio con que S. Ignacio miraba el ministerio de la enseñanza, cuando se sepa que, poco antes, tuvo S. Ignacio que negar al Cardenal Carpi, que era el Cardenal Protector de la Compañía, y al Cardenal Santa Cruz, un solo jesuita, que pedía cada Cardenal, para que ejercitasen los ministerios apostólicos en su obispado y en su tierra (14).

Y para que hubiese los más excelentes profesores en cada Universidad y colegio, procuraba S. Ignacio, que estas uni-

(13) M.H.S.J., epist. et inst., ep. 246, pág. 697.

(14) M.H.S.J., epist. et inst., ep. 236, pág. 666.

versidades y colegios, tuvieran muchos estudiantes; porque de lo contrario, como escribe por su secretario Polanco, "si no hubiese de tener en ese estudio [Gandía] muchos estudiantes, es verisímil no tendría in posterum buenos lectores, sino los que en otra parte no tuviesen lugar.

Donde lo contrario, si muchos estudiantes tiene la Compañía, por su interesse procurará tener buenos lectores, porque no pierdan el tiempo los escolares..." (15).

Esa actividad docente que empezó a ejercer la Compañía, con las prudentísimas reglas que para su ejercicio señalaban las Constituciones de S. Ignacio, y con las que más tarde se dieron en el "*Ratio Studiorum*", produjo asombrosos frutos en la enseñanza y en la educación de la juventud.

Cosa que bien considerada, nada tiene de extraño.

Primero, porque la gran masa de la juventud, carecía de elementos para su formación literaria y científica, y para su educación moral.

La ignorancia en la juventud, en la primera mitad del siglo XVI, era muy grande.

Y segundo, porque la docencia que ejercían los de la Compañía, estaba dirigida por las normas más completas que pueden concebirse en materia de enseñanza.

Por eso, en cuanto los pueblos echaron de ver los frutos, que en su juventud producían los colegios de la Compañía; se volcaron en peticiones, para conseguir que entre ellos se implantasen estudios dirigidos por los hijos de Ignacio.

Solamente en vida de San Ignacio, tuvo la Compañía los siguientes colegios mayores o universidades:

El Colegio Universidad de Coimbra, la Universidad de Gandía, las Universidades de Viena, Praga e Igolstadt, en Francia la Universidad de Billom, en Italia la de Sena y el famosísimo Colegio Romano, que fué la obra predilecta del cariño y la previsión de San Ignacio, y que hoy es la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma.

A estas universidades hay que añadir otras, que ya muer-

(15) M.H.S.J., epist. et inst., ep. 247, pág. 598.

to *S. Ignacio*, tomó a su cargo la Compañía, y los muchos colegios, con un extraordinario número de alumnos.

Eran tantas las peticiones de fundaciones de colegios, que de toda Europa llegaban al P. General, que, en 1593, había rechazado el P. *Aquaviva* las fundaciones pedidas de 150 colegios.

Por ello se ve clarísimamente el aprecio que tenían los pueblos de la formación que daban los jesuitas a la juventud.

Se pudieron acumular multitud de variadísimos testimonios, sobre el fruto inmenso que los colegios de la Compañía produjeron, tanto en orden literario y científico, como en el de la educación de la juventud.

Intentar reunirlos aquí, es imposible.

Pero sí nos es posible poner aquí, dos testimonios irrecusables, del gran fruto que los colegios de la Compañía, produjeron en las juventudes que acudían a sus clases.

Es el primero, el del inmortal *Cervantes*, que lo dejó estampado en su célebre "Coloquio de los perros". La escena, se desarrolla en Sevilla.

El perro *Berganza*, en sus andanzas llegó a Sevilla y allí encontró amo, en un rico mercader que enviaba a sus hijos al Estudio de la Compañía de Jesús.

El perro *Berganza* notó un día, que los hijos de su amo habían dejado olvidado en el patio de la casa, el cartapacio de los libros de sus clases. Lo tomó en su boca y se encaminó con él, a la escuela de la Compañía, donde estaban los muchachos, que se fueron sin el cartapacio.

Y se expresa así *Berganza*, contando el hecho a su compañero el perro *Cipión*: "...mis amos que me vieron venir con el vademecum en la boca, asido sotilmente de las cintas, mandaron a un paje me la quitasen; mas yo no lo consentí, ni le solté hasta que entré en el aula, cosa que causó risa a todos los estudiantes: lleguéme al mayor de mis amos, y a mi parecer con mucha crianza, se le puse en la manos, y quedéme sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía. No sé que tiene la virtud, que con alcanzárseme a mí tan poco o nada della,

luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud, que juntamente con las letras les mostraban: consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura; y finalmente cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados. [A este discurso de Berganza, le contestó así su compañero el perro]:

Cipión. —Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir desa bendita gente, que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo pocos les llegan: son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente la humildad profunda, base sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza. [Y respondió]:

Berganza. —Todo es así como lo dices".

El gran crítico literario *Francisco Rodríguez Marín*, en su trabajo sobre "*Cervantes estudió en Sevilla*" comenta así este contenido del diálogo entre los perros Berganza y Cipión.

..."¿No creéis, como yo lo creo, que en estas afectuosas palabras se traduce una afición más propia de discípulo que de persona indiferente, siquiera mirase con buenos ojos el saber y las virtudes de aquellos Padres? A mi juicio, rebasa los límites de la conjetura, la creencia de que Cervantes frecuentó las aulas de la Compañía".

Fuese o no, Cervantes alumno de la Compañía en Sevilla, lo cierto es que así vió Cervantes, como lo describió en su diálogo de los perros, la labor de los Padres de la Compañía de Jesús en sus colegios.

Cervantes así lo vió y así lo expresó. Y nadie puede poner en duda que Miguel de Cervantes Saavedra, sabía ver bien las cosas y sabía decirlas como las veía.

El otro testimonio, es el del Canciller inglés Rogerio Ba-

con de Verulano, (1561-1626), a quien se ha considerado, como el precursor de la filosofía empírica positivista.

En su obra fundamental "*De dignitate et augmento scientiarum*", l. VII, estampó esta afirmación rotunda, que tiene un valor inapelable, por venir de quien viene, de un Lord y Canciller de Inglaterra, a comienzos del siglo XVII.

Al que sepa historia y sepa lo que en ese siglo quería decir Compañía de Jesús, ante un Lord y Canciller del Reino de Inglaterra, no se le puede proponer testimonio más elogioso, de lo que era la labor docente de los jesuitas en sus colegios.

Dice así Bacon: "*Ad paedagogicam quod attinet, brevissimum foret dictu: consule scholas Jesuitarum: nihil enim, quod in usum venit, his melius*". Que traducido dice así: "En cuanto a lo que se refiere a materia de pedagogía, brevísimamente puede decirse: consulta las escuelas que tienen los Jesuitas: nada hay, de cuanto se ha puesto en uso, mejor que lo que en ellas se practica".

Cervantes y Bacon, son dos testigos de mayor excepción; y con ellos está toda la realidad de la historia.

Pero precisamente, ese extraordinario éxito que la Compañía alcanzó en sus colegios, fué uno de los motivos que acarreó no pocos enemigos a la Compañía.

Unos enemigos, molestos cuanto se quiera, pero no dañinos.

En estos estaban comprendidos, cuantos padecen la triste condición humana, de la envidia.

Otros eran los enemigos peligrosos.

Estos eran aquellos, que no podían ver sin odio los triunfos de la Compañía en sus estudiantes, por la razón fundamental, de que no podían tolerar los frutos de educación moral cristiana, que recogían los jóvenes que se educaban en los colegios de la Compañía.

El odio a la Compañía era un odio secundario; lo que esos odiaban, era a la Iglesia.

Si la Compañía se hubiera dedicado a las psalmodias del canto coral, tal vez, no hubiera tenido enemigos; porque los que lo fueran de corazón, quién sabe, si alguna vez hubieran

venido a tener sus emociones sentimentales, en las funciones de nuestras fiestas.

El odio a la Compañía, está esencialmente identificado con el odio a la Iglesia.

El celeberrimo *Filósofo Rancio*, que era el pseudónimo que usó el P. Francisco Alvarado de la Religión de Santo Domingo (1756-1814), en aquellas cartas suyas, tan leídas en la época, hizo bien notar, que la persecución a la Compañía, era un comenzar, para más tarde continuar contra las demás órdenes religiosas y finalmente contra la misma Iglesia.

Claro que cuidaban muy bien, los perseguidores de la Compañía, con técnica muy calculada, de elogiar a las demás órdenes religiosas, mientras expulsaban y condenaban a muerte a la Compañía.

Con frase ciertamente baja en estilo, pero indudablemente de una realidad inmensa, escribía el *Filósofo Rancio*: "Me acuerdo de haber oído en el decreto de extinción [expulsión] de éstos, [los jesuitas], muchos elogios de los otros cuerpos religiosos y muchas promesas de protección, confianza, etc. Pero todo aquello era rascar al cerdo, para que se estuviese quieto mientras le metían el cuchillo" (16).

Mas tarde, con mayor suavidad en el estilo, expuso clarísimamente la misma idea.

"Apenas pasaron, escribe el *Filósofo Rancio*, los primeros días de la expulsión de los jesuitas, y antes de que pudiesen olvidarse los elogios, que en el decreto fatal se dieron a la fidelidad de los demás cuerpos regulares; empezó a verificarse lo que muchos de los frailes habían oportunamente predicho, esto es, que los golpes se dirigían principalmente al cuerpo de la religión católica; que detrás de los jesuitas debíamos ir todos los demás; y que haber empezado por ellos, fué porque en las circunstancias, era la corporación que tenía más aptitud para resistir" (17).

Eso era ciertamente lo que se pretendía, al perseguir e intentar hacer desaparecer a la Compañía; poder conseguir

(16) Cartas Críticas, t. II, carta XXVII.

(17) Cartas Críticas, t. IV, carta XLII.

con mejor facilidad la destrucción de la Iglesia, a la que los jansenistas y los volterianos y las sectas, odiaban de corazón, y pensaban en su soberbia demente, poder conseguirlo.

Que esa era la razón fundamental del odio y de las persecuciones a la Compañía de Jesús, lo declara Roda con esta frase típicamente volteriana, cuando escribiendo a Azara el 14 de abril de 1767 con motivo de la expulsión de los jesuitas de los dominios de España, le decía: "por fin se ha terminado "la operación cesárea en todos los colegios y casas de la Compañía".

Y qué significado tenía esa frase, lo declara el mismo Roda, al escribir al ministro francés Choisel: "La operación "nada ha dejado de desear: hemos muerto al hijo; ya no nos "queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa "Iglesia Romana".

Era a mediados del siglo XVIII.

Ya lo predijo Jesucristo: "Si os odia alguna vez el mundo, sabed que antes que a vosotros me odió a mí" (18).

"Si vosotros fueseis del mundo, —continúa Jesucristo— el mundo amaría lo que es suyo: pero porque no sois del mundo, sino que Yo os elegí y saqué del mundo, por eso precisamente os odia el mundo. Acordaos de estas palabras, que Yo os digo: No es el siervo mayor que su señor" (19).

"Si a Mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán": afirma categóricamente Jesucristo (20).

Y así sucedió a la Compañía.

Era a mediados del siglo XVIII.

No podía ser ella, mayor que su Señor. Y ella era la Compañía de Jesús.

También a ella la persiguieron; también a ella la odiaron de corazón, como odiaron a Jesucristo sus enemigos.

Y también a ella le dieron la muerte; como los escribas y fariseos, se sirvieron de Pilatos, para quitarle a Jesucristo la vida.

(18) Jo. XV, 18.

(19) Jo. XV, 19, 20.

(20) Jo. XV, 20.

Clemente XIV, amenazado por cismas de naciones enteras, violentado por las presiones incesantes de las Cortes Borbónicas, acosado sin cesar, por los enemigos jurados de la Compañía, el 21 de julio de 1773, dió el Breve "*Dominus ac Redemptor*", de supresión de la Compañía.

Por esos designios que Dios tiene en los arcanos secretos de Su Divina Providencia, la Compañía pudo legalmente seguir con vida en el territorio de la Rusia Blanca, merced a una Emperatriz cismática, *Catalina de Rusia*.

Que la destrucción de la Compañía, no era en la finalidad de los que la procuraron, sino un paso para la destrucción del orden social y de la Iglesia misma, no se ocultaba a nadie.

Mas aún; ante aquel terremoto político, que se llamó la Revolución francesa; ante la sangre vertida a torrentes por las víctimas en el cadalso; y ante los Reyes decapitados en la guillotina; y ante el Papa *Pío VII*, prisionero en Francia de Napoleón; y ante Reyes destronados; y ante las costumbres podridas, y ante el mundo en ayes de dolor y de malestar; cada vez se iba acentuando la creencia, de que ese torrente de males, vino al mundo, porque la Compañía de Jesús había desaparecido.

Este era el pensamiento cristiano, que veía con claridad, que aquella corrupción de costumbres, aquellas doctrinas cuajadas de ateísmo, aquellos errores filosóficos y aquella impiedad fría y calculada, que fueron las causas de la Revolución y de los crímenes y de los tronos echados por tierra; no hubieran existido, o no hubieran alcanzado el poder que tuvieron, de haber existido la Compañía, con sus ministerios ejercidos en todas las clases sociales y sobre todo, con sus enseñanzas dadas a la juventud en sus colegios.

Que ese pensar del sentido cristiano, no era sino la realidad más verdadera, no puede tener mejor testimonio, que el del mismo *Pío VII*, quien escribía así a *Carlos IV* de España: "Nos, puesto a indagar el origen de tan extraña mudanza en los pueblos cristianos, y de tan horrenda depravación, hallamos, con evidencia, que procede de la falta de aquella bien ordenada y cristiana instrucción que todas las clases sociales recibían de la extinguida Compañía de Jesús. Precisamente

por eso, por estar consagrada ex profeso, según su instituto, a educar en la doctrina y virtud cristiana a los pueblos en todas partes, en todas las naciones; la hicieron blanco de sus tiros, como el primer obstáculo con que tropezaban, los que se habían conjurado, (como ya todo el mundo sabe), para destruir la Iglesia y las monarquías. Y teniendo que ceder a su prepotencia, dejó al mundo privado de los únicos medios eficaces para preservarlo, de aquella fatal depravación, fuente perenne de los males incalculables, que ya le inundan, y, de los mayores aún que, sin remedio, van a caer sobre él, si cuanto antes no se vuelve a levantar este dique, sólo capaz de contener la avenida de tantas y tan dolorosas calamidades" (21).

No puede hacerse un mayor elogio de la Compañía y del fruto que en el mundo hicieron sus ministerios y en especial su obra educadora de la juventud en los colegios.

Quien hace el elogio era Pío VII; y hay que notar que la Compañía, estaba aún extinguida.

Extinguida; pero bien decía Pío VII, que si este dique no se volvía a levantar cuanto antes, los males que vendrían al mundo serían aún mayores que los pasados.

El Cardenal Pacca, refiere el deseo grandísimo que tenía Pío VII de restablecer la Compañía de Jesús cuanto antes, con el fin de reparar los males gravísimos que padecía la Iglesia, a consecuencia de la supresión de la orden fundada por S. Ignacio de Loyola.

En un manuscrito inédito, nos asegura el Cardenal Pacca estos deseos de Pío VII, con estas textuales palabras: "Una de las primeras operaciones que deseaba hacer Pío VII, era la tan gloriosa para él, del restablecimiento de la Compañía de Jesús. En todas las conversaciones que tenía yo cada día con él durante nuestro destierro en Fontaineblau, hablábamos casi siempre de los graves perjuicios causados a la Iglesia y a la sociedad civil con la supresión de esta orden, tan justa-

(21) Ponencia sobre las virtudes del Bto. P. Pignatelli. P. I., n. XXVII, p. 43 - 44. Lesmes Frías, S.J.: Hist. de la C. de J. en su asistencia moderna. Int. XXIX. Madrid 1923.

mente célebre así en la instrucción de la juventud, como en las misiones católicas" (22).

Así como *Pío VII*, lo sentían generalmente, incluso quienes habían antes intervenido con su colaboración, en la extinción de la Compañía.

La juventud iba de tumbo en tumbo; en sus estudios e instrucción y, lo que era más trascendente, en su moral.

Ya *Chateaubriand* pudo escribir, en su famoso "*Genio del Cristianismo*" (23): "La Europa ilustrada, ha sufrido una gran pérdida con la de los jesuitas. La educación, no se ha repuesto de ella todavía".

Los testimonios, son universales.

Ante ese cúmulo de calamidades, que convulsionaban al mundo, iban llegando a *Pío VII*, de todas partes, peticiones urgentes, de que restaurase la Compañía, como único remedio para atajar tantos males.

Por eso, *Pío VII*, que él mismo estaba tan convencido de la urgente necesidad de restaurar a la Compañía en la Iglesia, en cuanto volvió del cautiverio en que le retuvo Napoleón en Francia, empezó con diligencia, los preparativos de la Bula para el restablecimiento de la Compañía.

Esa Bula, que comienza "*Sollicitudo omnium Ecclesiarum*", se dió el 7 de agosto de 1814 (24).

En ella declara *Pío VII*: "Todos los días han llegado hasta Nos, con unánime consentimiento de casi todo el género humano, de los venerables Hermanos Arzobispos y Obispos y de personas insignes en todo orden y clase, las instantes y urgentes peticiones, por la restitución de la Compañía.

"Nos, consideraríamos reos de un crimen gravísimo ante la presencia de Dios, si en medio de tantas calamidades públicas como el mundo padece, descuidáramos el aceptar los saludables auxilios, que Nos ofrece la Divina Providencia, y

(22) Jaime Nonell, S.J. — El V. P. José Pignatelli, S.J. y la Compañía de Jesús en su extinción y restablecimiento. — T. I., VI, c. X, p. 305. - Manresa, 1893.

(23) T. II, p. IV, lib. VI, cap. V.

(24) Instit. S.J., I. 337.

si Nos colocados en la navecilla de Pedro, agitada y azotada por tempestades continuas, rechazáramos a los potentes y expertos remeros que se Nos ofrecen, para romper las arremetidas de las oleadas, que en cada momento Nos amenazan con el naufragio y con la muerte.

"Movido Nuestro ánimo con razones tan poderosas y por causas tan graves, determinamos establecer por fin, lo que ya desde el mismo comienzo de Nuestro Pontificado, deseábamos con vehemencia...".

Y con toda la plenitud de su autoridad pontificia, restaura de nuevo, en todo el mundo, la Compañía de Jesús.

Sublime resucitar al mundo la Compañía; que tiene mucho de parecido en gloria, a la Resurrección de su Rey y Capitán Jesús.

El Vicario de Jesucristo en la tierra, consideraba un crimen gravísimo ante Dios, si no echaba mano del Instituto de la Compañía, en las terribles tempestades que sacudían a la Iglesia.

Y al poner de nuevo en vida, en el mundo entero, a la Compañía, uno de los ministerios que especialmente menciona en la Bula de Restablecimiento, es el que libre y lícitamente puedan los jesuitas, dedicarse a la educación de la juventud y a los seminarios y colegios.

Bien claramente había escrito *Pío VII* a *Carlos IV* de España, de dónde procedían los males horribles que el mundo padecía. Por eso, era natural que *Pío VII*, encargase en la Bula de Restablecimiento, que la Compañía volviese a dedicar sus atenciones al cuidado de la juventud, en sus colegios.

Y la Compañía de Jesús, volvió a encargarse de la educación de la juventud. Los colegios de la Compañía, se multiplicaron por el mundo entero.

Debiendo notarse, que fueron muchísimas las peticiones que tuvo que rechazar la Compañía en la admisión de colegios.

Ya el P. General *Luis Fortis* (1820-1829) decía sapientísimamente, esto que suena a paradoja, que los peores enemi-

gos que tenía la Compañía, eran aquellos que la obligaban a que se hiciese cargo de nuevos colegios (25).

Y es que la Compañía, vela enormemente por el prestigio de sus colegios; y una admisión inconsiderada de nuevos colegios, podía poner en gravísimo peligro, el crédito de la Compañía en materia de enseñanza.

Pues talvez, el deseo de tener nuevos colegios y de condescender con las peticiones que pueblos y ciudades instantemente solicitaban la enseñanza de la Compañía, pudiera conducir a la apertura de colegios, sin las condiciones en el profesorado, que son necesarias para su debido prestigio.

Por eso, la admisión de nuevos colegios, está en la Compañía reservada al P. General; para que éste, ejerza una extrema vigilancia sobre las garantías que ofrecen para el buen éxito de la enseñanza (26).

Los jesuitas de la Compañía restaurada, advirtieron bien, que las nuevas necesidades de los tiempos, con los nuevos progresos en el campo de las Ciencias, requería una acomodación del antiguo *Ratio Studiorum*.

Por eso, ya en enero de 1821, el M.R.P. General *Luis Fortis*, escribía a los Provinciales, que se informasen y le avisasen de cuanto las personas seglares y entendidas, juzgaban necesario en el estudio de las ciencias; y que se enterasen bien, para comunicárselo qué clases de estudios se explicaban en las clases de los centros seglares y cuántas horas semanales se dedicaban a ellos.

Como se ve, no perdía la Compañía el contacto con la realidad. Y apenas restaurada, quería estar del todo bien informada, para acomodar a los tiempos presentes, su técnica en materia de estudios.

Con la prudencia típica y exquisita de la Compañía, los trabajos realizados en la acomodación del "*Ratio Studiorum*", en los que intervinieron durante años hombres de lo más escogidos en formación intelectual, los envió, el P. General *Roothaan*, a las Provincias, el 5 de julio de 1832, para que los

(25) Liber. Saecul. S.J., c. VI, p. 361, Roma, 1914.

(26) Ep. Gen., t. II, p. 312, 313.

pusiesen en prueba, por si se notaba que había algo que enmendar en ellos, antes de que obtuviesen la sanción de una ley universal para toda la Compañía (27).

Quería la Compañía, con todo empeño, que aun las acomodaciones de los estudios, a los tiempos presentes, llevasen las características, típicamente jesuíticas, de aquella pedagogía, que se impuso al mundo por espacio de tres siglos, como la más eficaz para la formación moral e intelectual de la juventud.

Y tanto más quería eso la Compañía, cuanto que la técnica propísima de los jesuitas en materia de estudios, es en sí diametralmente opuesta, a la técnica actualmente usada en los centros de enseñanza.

La formación jesuítica, era esencialmente humanística, llevada paso a paso, con gran reposo y con muchísimo ejercicio.

Se pretendía en los estudios de la Compañía, que el joven desarrollase armónicamente todas sus cualidades psíquicas: memoria rápida y tenaz, fantasía equilibrada, lógica en el razonar, juicio seguro, inteligencia serena y penetrante, estilo correcto suelto y clásico, dicción ajustada elegante y sobria.

En una palabra, la Compañía, dejaba al joven salido de sus aulas, con una capacidad perfectamente dispuesta, para que pudiese emprender el estudio de cualquier materia especializada. En la juventud la ciencia adquirida, vale menos, que la capacidad para adquirirla, lograda con esfuerzos personales y con método sólido.

Todo ello requería una formación, sin prisa y sin saltos, y con muchísimo ejercicio por parte de cada alumno.

La Compañía dirigía toda la formación intelectual, a la asimilación por parte del alumno, de todo lo más selecto que había en la solera del pensamiento humano.

Quería la Compañía, hacer hombres integrales en la formación literaria y científica.

En cambio, en las técnicas actuales de enseñanza a la juventud, todo es antagónico a la pedagogía de la Compañía.

(27) Pachtler: *Ratio Stud.*, IV, 470, in *Mon. Germ. Paedag.* T. XVI.

Todo se hace en la técnica vigente, a base de acumulación y de ritmo vertiginoso.

Son 8, 10 u 11 materias de estudio, en cada año; cada una de ellas, sin unión alguna, con sus compañeras del mismo curso del alumno.

Y así, seis años seguidos.

Esto, más sirve para atolondrar y deformar al alumno, que para formarle y capacitarle para el trabajo y para su desarrollo intelectual y moral.

Se parte, de que ni se pretende siquiera, el lograr una *formación integral* del estudiante.

Esto es desconocido, aun por los mismos profesores.

Cada uno de estos, exige su materia, sin finalidad de conjunto; sino como si aquella materia, fuese la esencial, para la vida intelectual del muchacho.

El fin supremo del estudio para los estudiantes, es el aprobar al fin del curso, cada una de las asignaturas, que en él se han incluido.

Todo es prisa, todo es a pasar; todo tiene un cariz antagónico a la asimilación segura y permanente de lo estudiado; todo lleva el sello de lo superficial y de lo que no interesa, si no fuera por que necesariamente hay que cumplir con ello.

De ahí, que los jóvenes, pasen a los estudios superiores, de sus respectivas carreras especiales, sin desarrollo armónico de sus cualidades psíquicas, sin saber expresarse ni escribir con corrección, y lo que es más de lamentar, sin lógica en sus raciocinios, y sin capacidad crítica en sus juicios.

Y de esos estudiantes universitarios, salen los hombres del mañana, o dirigentes, o profesores, o escritores, o gobernantes.

Y en todos ellos, aun suponiendo que en sus materias respectivas hayan llegado a conseguir adecuados conocimientos, se echa de ver que son hombres incompletos, sin comprensión total de la vida y de sus complejos problemas: les falta la formación integral, ya sea en su contenido, ya sea, lo que es aún peor, en la capacidad misma para llegarlo a comprender.

Ya en 1832, insistentemente recomendaba el General P. Roothaan, a la Compañía, que no se contaminase con el espíritu, que ya entonces reinaba en la pedagogía.

En las escuelas inferiores, escribía el P. Roothaan, "Todo el estudio consiste en esto, que los niños aprendan cuantas más cosas posibles, que las aprendan en brevísimo tiempo y con el mínimo trabajo.

Por cierto cosa bellísima. Pero esta variedad de tan múltiples materias y disciplinas, que los jóvenes más bien que asimilarlas no hacen sino tocarlas un poquitín con sus labios, una cosa es ciertamente la que producen, que cada muchacho crea que sabe mucho y que aumente la turba de semi doctores, que a la ciencia, como a la sociedad, es perniciosísima, porque nada saben sólidamente y verdaderamente. De todo algo, y en total nada" (28).

Prudentísimos y sabios consejos, estos que el P. General escribía en 1832, y que tienen, a la distancia de más de un siglo, hoy en 1943, la más transcendente actualidad.

Es curioso, que precisamente hoy mismo, en un artículo de la sección segunda de "La Prensa" escrito desde Nueva York por Ernesto Montenegro, con el título "Educación. ¿De qué tipo y para qué?", se digan, casi traducidas al pie de la letra, estas ideas, que ya hace más de un siglo, en 1832, tan magistralmente expuso el P. Roothaan, como General de la Compañía.

Se dice así en el artículo que acabo de citar:

"La experiencia nos está diciendo, desde que alcanzamos la madurez, que una educación puramente intelectual no basta, y que, por el contrario, suele ser peligrosa. Una acumulación de nociones experimentales, erudición mecánicamente adquirida, tiende a crear una vanidad intelectual dañina al sujeto y a sus semejantes.

.....

"La escuela no puede, por lo tanto, darse por satisfecha con impartir conocimientos prácticos o elucubraciones científicas. La formación del carácter es todavía más importante. Sin

(28) Pachtler: Mon. Germ. Paedag., II, Epist. ante Rationem Stud., p. 230, 1832.

la formación del sentido de la responsabilidad, sin una honda humildad intelectual, damos al individuo un arma de dos filos''.

Cómo se agiganta, cuanto más se reflexione, el crédito de los valores eternos de la pedagogía de la Compañía.

Pero, desgraciadamente, la Compañía, en los colegios para los alumnos seculares, en las actuales legislaciones de la mayoría de los Estados, no puede desarrollar su clásica y secular tradición pedagógica.

Los colegios de la Compañía, no pueden pretender la formación integral de las cualidades psicológicas de sus alumnos.

La Compañía está encadenada, con los reglamentos, programas y asignaturas, de imposición oficial.

¡Triste destino, el del águila enjaulada! ¡Ella que pudiera volar tan alto y tan majestuosamente!

Pero lo que sí procura, con todo empeño la Compañía, aun actualmente en sus colegios, es educar a la juventud, con aquellas miras superiores, que fueron las que a Ignacio de Loyola, le movieron a dedicar importante parte de la actividad de los trabajos de sus hijos, a la enseñanza de la juventud.

Toda la actividad educacional, en el sentido verdadero y elevadísimo de esa palabra, se cifra en centrar al joven, perfectamente, en la realidad, en la íntegra realidad, y en enseñarle a proceder ante ella, como se debe. Toda la verdadera actividad educacional se debe de dirigir a poner al hombre, ya desde el comienzo, en que empiezan a fraguarse sus estructuras psicológicas, en contacto con la realidad integral; enseñándole todos sus intrínsecos deberes, para con Dios, para con la sociedad y la patria y para con sus semejantes, los hombres.

Y toda la actividad educacional, se dirige a que ese joven centrado en la realidad integral, tenga luz en su inteligencia, para verla en sus múltiples consecuencias y tenga fuerza en su voluntad, para cumplir siempre con sus deberes.

Sublime destino el del educador.

Y destino, tanto más necesario, cuanto que de la educación integral, ni se trata siquiera en los centros de enseñan-

zas. Más aún, ni se permite, no pocas veces, proponer siquiera, lo que es esencial para que pueda tener base real y objetiva, el proceso educacional.

Educación integral, que es tanto más necesaria implantar su práctica en las edades juveniles; cuanto ese terreno, es el más propicio para que arraigue en el alma con vigor.

Educación integral, que es tanto más necesario el poner sus principios bien arraigados, cuanto mayores van a ser los peligros a que los jóvenes de hoy se vean expuestos cuando sean hombres.

Un escultor esculpe su estatua; funde en un molde su estatua; y ahí queda para siempre esculpida y fundida la estatua.

Un educador educa..., pero puede ser, que no quede para siempre intachable y firme, la conducta que se inculcó al educando.

La vida no tiene la rigidez perenne, del bronce ni del mármol.

La vida y más la vida psicológica, y más la vida solicitada por los instintos y por las seducciones que por todas partes la rodean, tiende a salirse de los moldes estrictos de una conducta ajustada a una educación integral.

Por eso es tan sublime la finalidad del educador; la del educador integral.

¡Sublime misión la del educador!

No sólo sublime, porque en el orden humano, es la más noble y digna de las que los hombres ejercen en la tierra; sino porque cuando la educación se ejerce con la finalidad para la que la destinó *Ignacio de Loyola*; es una misión que toda ella está dedicada a la colaboración que ponen los hombres al mandato de Jesucristo "dejad que los jóvenes se acerquen a Mí".

Y no solamente consiste en dejar, sino en activamente trabajar para que la juventud se acerque al que es el Camino que lleva a la Verdad donde reina la Vida.

Y esa es la finalidad de los colegios de la Compañía.

Esa es la finalidad primordial y esencial en los colegios de la Compañía.

Abnegación rayana en heroísmo, exige del educador, esa su sublime misión, que no siempre logra su aspiración y deseo.

Si se comprende la tristeza inmensa del agricultor, que ve en unos momentos de pedrisco o de tormenta, perderse todos los esfuerzos penosos de sus trabajos; se comprende también, el inmenso dolor y hasta el desaliento de los educadores, que ven malogrados, no pocas veces, los frutos de toda una vida de sacrificio.

Pero tiene también, sus grandes consuelos, la penosa labor del educador.

Cuánta gente honrada existe en el mundo, porque fué debida y cuidadosamente educada.

Y aun cuando el educador, sienta los sinsabores del trabajo perdido...; no siempre está definitivamente perdido, aquel que padece un momento de extravío.

Si el hombre que quedó zarandeado, por la tempestad de las pasiones, tuvo en su infancia y juventud, una excelente educación, nada de extraño y de infrecuente tiene, el que encamine de nuevo su rumbo, por la ruta que conduce al puerto de la vida.

La educación, bien dada en las edades juveniles, queda siempre como un faro en medio del alma.

Podrá haber neblina y cerrazón oscura, en los momentos pasionales de la vida; pero en quien de joven recibió una educación integral, quedan en medio de su conciencia, unos destellos de luz, que sirven para ponerle de nuevo, por medio del arrepentimiento, en el rumbo de aquella conducta de vida, que es la digna de ser vivida por el hombre.

¡Colegio del Salvador, hace 75 años, que abriste tus aulas a la juventud argentina!

Miles de jóvenes, pasaron por ellas.

Llegaron a ser miles de ciudadanos.

Cumpliste con tu misión educadora.

Cuántos miles de hogares, podrán saber lo que es tener un padre cristianamente educado.

Dios quiera, que no hayan sido muchos los hogares, que han tenido que lamentar, que no hayan sido fieles cumplido-

res de lo que aprendieron en el Salvador, todos los que aquí se educaron.

Colegio del Salvador, por tí pasaron tantos hijos de la Compañía, que dedicaron su vida entera, en sacrificio abnegado, en aras de la juventud argentina.

Unos ya descansan en paz, gozando del fruto de sus trabajos.

Otros aún están en la brecha; en plena actividad educadora.

En este año de 1943, se cumplen setenta y cinco años, que la Compañía de Jesús enseña en este Colegio del Salvador.

Pero no son solamente estos 75 años, los que la Compañía de Jesús ha dedicado a su actividad docente en Buenos Aires.

Se acerca a casi dos siglos y medio, (236 años), la labor que los hijos de *S. Ignacio de Loyola*, han dedicado a la enseñanza en ésta, hoy capital de la Argentina.

Ya en 1617, fundó la Compañía de Jesús, su primer colegio en Buenos Aires.

Y hasta que *Carlos III* expulsó de todos sus dominios a los jesuitas, en el año de 1767, continuaron los hijos de *Ignacio de Loyola*, ejercitando en Buenos Aires, la gran misión recibida de su Fundador, de dedicarse a la formación de la juventud en los colegios.

Pasada la terrible tempestad, que sepultó a la Compañía y restablecida ésta en todo el mundo, por el Vicario de Jesucristo en la tierra, volvieron los jesuitas de nuevo a estas tierras argentinas, y en 1836 comenzaron por segunda vez a dedicarse a la enseñanza, aquí en Buenos Aires, en aquel mismo colegio del que en 1767, fueron expulsados por *Carlos III*.

Pero en 1841, tuvieron que abandonar la enseñanza, por no poder, en conciencia, condescender con las exigencias de Rosas.

En 1868, ante las instantes solicitudes de los habitantes de Buenos Aires, abrieron los hijos de *S. Ignacio*, este Colegio del Salvador, cuyo septuagésimo quinto aniversario de fundación hoy celebramos.

Quien conozca la historia de esta tierra argentina, se halla ante un hecho histórico irrecusable.

La vida artística, cultural e intelectual de la Argentina, está tan íntimamente unida a la Compañía de Jesús, que ella es casi consubstancial a la actividad docente y misionera de los jesuitas.

Por eso, la fiesta que hoy celebramos, aunque es la fiesta de este Colegio del Salvador, es también la celebración de un acontecimiento medularmente argentino.

Así lo ha comprendido el gobierno de la Nación, y por ello ha tenido la noble gentileza de asociarse por Decreto, a estas fiestas del septuagésimo quinto aniversario de la fundación de este Colegio del Salvador; y no contento con ello, ha querido dar una muestra insigne de confianza, de aprobación y de simpatía a la labor docente de la Compañía de Jesús, extendiendo a este Colegio del Salvador, las prerrogativas que ya, desde fines del pasado siglo, gozaba el histórico Colegio de la Inmaculada de Santa Fe.

Sabed, señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, que tan caballerosamente os habéis dignado actuar en este acto solemne, que presidís en representación del excelentísimo señor Presidente de la Nación, general *Pedro P. Ramírez*, que aquel *Ignacio de Loyola*, nuestro Fundador, por raza y por educación, por nobleza de alma y por superiores valores del espíritu, entre las cualidades, rayanas en sobrehumano, que tuvo, una la poseyó de modo eminente, y ella fué la del agradecimiento.

Los hijos genuinos de *Ignacio de Loyola*, siguen, con fidelidad filial, la tradición de familia; y tienen por timbre solariego, el de ser cordialmente agradecidos.

Señor Ministro, general *Anaya*, podéis comunicar al excelentísimo señor Presidente de la Nación, en nombre de este Colegio del Salvador y de esta Provincia jesuítica argentina, nuestro más sincero agradecimiento, por el Decreto de adhesión al júbilo de estas fiestas y por la distinción concedida.

No voy, excelentísimo señor Ministro, a revestir, este nuestro sincerísimo agradecimiento, con frases y con epítetos, que

por conceptuosos que fueran, nunca podrían decir tanto, como el castellano y leal "muchas gracias".

"Muchas gracias" al excelentísimo señor Presidente de la Nación; y a vos, señor Ministro, general Anaya, "muchas gracias".

Pero creo poder ofrecer, algo más que el sincero, noble y leal agradecimiento.

Los hijos de la Compañía, podemos ofrecer y ofrecemos a esta Nación Argentina, todas nuestras personas y nuestras actividades todas, para que tenga esta Nación, unos hijos de moral acrisolada, que la hagan grande, pujante y magnífica.

Dios la haga madre de hijos honrados, y fieles cumplidores de todos sus deberes.

Unicamente puede ser grande una nación, cuando sus hijos todos, sean honrados a carta cabal.

Y sólo se puede ser honrado a carta cabal, cuando se traduzca en obras, total e íntegramente, la maciza y pura moral del cristianismo.

Dios haga grande a la Argentina.

Dios la colme de bendiciones.